
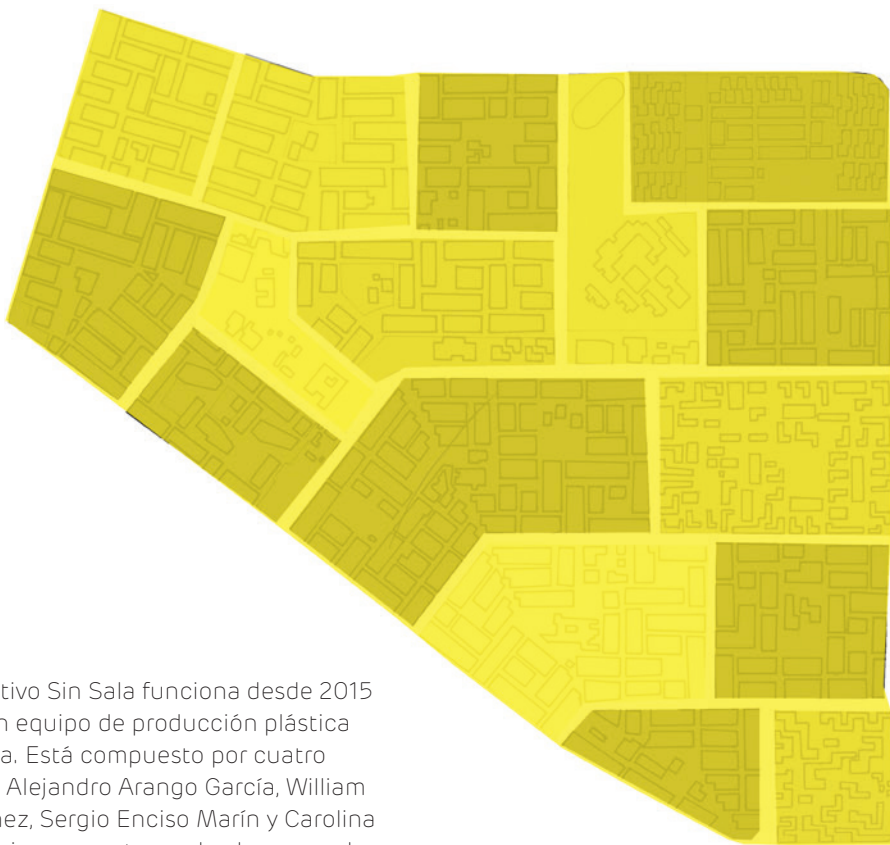


LA CIUDAD EN LA CIUDAD

A photograph of a cityscape with a tall modern apartment building and a shanty town in the foreground, all under a yellow tint. The modern building has many windows and balconies, some with dark frames. The shanty town consists of several small, dilapidated buildings with makeshift roofs and walls. In the foreground, there is a concrete wall and some tall grass. The overall scene is a stark contrast between modern urban development and informal housing.

ARFB)



El Colectivo Sin Sala funciona desde 2015 como un equipo de producción plástica y literaria. Está compuesto por cuatro artistas: Alejandro Arango García, William I. Martínez, Sergio Enciso Marín y Carolina Uribe, quienes aportaron desde sus quehaceres, intereses y líneas de conocimiento, a la instalación *La ciudad en la ciudad*, en la Cámara de Comercio de Bogotá (sede Kennedy), dentro del programa ARTBO.

La instalación final, de la que hace parte esta publicación, surgió de un proceso de investigación y creación desde, y acerca de, la localidad de Kennedy.

Si desea encontrar más información acerca del colectivo o la instalación puede visitar:
laciudadenlaciudad.wordpress.com

—

Textos: Sergio Enciso

Dibujos y fotografía: William I. Martínez,
Alejandro Arango



SIN SALA EN LA LOCALIDAD 8

Alejandro Arango no quería tener sala. Deseaba destinar un espacio de su apartamento arrendado en Chapinero para que diferentes artistas pudieran experimentar montajes e instalaciones antes de llevarlos a otros lugares de exhibición. Así nació Sin Sala.

Allí, en Sin Sala, Alejandro montó en 2015 *Casi en casa*, una serie fotográfica combinada con elementos urbanos llevados al espacio. Este montaje fue el resultado de una exploración urbana que realizó durante el desarrollo de su maestría en Londres. Más tarde, William I. Martínez y yo, Sergio Enciso, instalamos *Hija de Pu*, un trabajo colaborativo realizado desde, y acerca de, el barrio Santa Fe de la localidad de Los Mártires. A Sin Sala William llevó fotografías, dibujos y videos que alternamos en el espacio con textos extraídos de un pequeño libro titulado *Mariposas de burdel*, que escribí para la muestra y que distribuimos durante la exposición. Estas primeras experiencias nos permitieron configurar el equipo de trabajo inicial, así como la mecánica y los protocolos de un espacio que lleva más de dos años dándole cabida a creadores que desean realizar experimentaciones de montaje, conversatorios y talleres.

Sin Sala propició que la investigación originaria sobre el barrio Santa Fe se ampliara para concretarse en un grupo de trabajo colaborativo de artistas interesados en la ciudad y en las dinámicas

de lo urbano. Alejandro, William, Carolina Uribe —también artista y quien se unió este año al equipo— y este servidor, nos volcamos a trabajar acerca del barrio Santa Fe. Luego, por invitación y azares del destino, pusimos los ojos en un lugar lejano a nosotros, tan amplio como complejo, en el mapa capitalino: la localidad de Kennedy.

Durante los últimos seis meses, los cuatro recorrimos la segunda localidad más grande de Bogotá: Alejandro y Carolina capturaron con sus cámaras las casas, las calles y las avenidas y consumieron la mayor cantidad posible de literatura sobre los proyectos del Instituto de Crédito Territorial (ICT) en la localidad; William recorrió sus bordes físicos y, con cámara de vídeo en mano, siguió los pasos de los personajes que le resultaron más atractivos; juntos, también, registramos el extraño paisaje sonoro de la localidad, incluso desde antes del amanecer; y yo reseñé en un blog los documentos que leí sobre esta ciudad en la ciudad, narré recorridos y anécdotas y consigné las voces de las personas con quienes conversé. Con el material recopilado planteamos esta instalación.

Aquí usted encontrará fotografías, dibujos y videos —entre otros medios— y hallará un extracto del relato sobre la experiencia de conocer una serie de lugares únicos y personajes fascinantes que viven en una ciudad dentro de otra.

LA CIUDAD EN LA CIUDAD

Tan solo una entre tantas personas con quienes he conversado me ha dicho que no ha escuchado nunca la frase «Kennedy es una ciudad dentro de una ciudad». En general, los rostros de los habitantes de la localidad se iluminan cuando les pregunto si saben a qué me refiero. Algunos responden con orgullo que sí, que para ellos Kennedy es una ciudad dentro de Bogotá y que merecería ser considerada como un área independiente debido a su población y extensión. Otros dicen que no, que eso es un cuento, que la corrupción hizo que el desarrollo se quedara en otros lugares y que no se lograra lo que se soñó en un principio. Sin embargo, es claro que en el imaginario de los kennedianos, así como en el de los bogotanos, existe la idea de que la localidad es una ciudad dentro de otra.

¿A quién se le ocurrió semejante slogan tan genial? ¿Quién dijo esa frase por primera vez? Nunca he visto referido a su autor, pero se cita una y otra vez en los libros. Una de las primeras menciones que encontramos viene del *Plan de desarrollo 1975-1978* del presidente Alfonso López. Allí el concepto de «ciudades dentro de ciudades» se plantea como el mejor medio para racionalizar el desarrollo urbano, caótico hasta ese momento, conservando el patrón de los países industrializados. Desde ese momento la frase no deja de repetirse cuando se habla de la localidad número ocho.

Entonces, si Kennedy es efectivamente una ciudad dentro de otra, el lector se

preguntará: ¿qué es una ciudad? Para pensar a Kennedy como una metrópoli independiente deberíamos considerar tres cosas: primero, que tenga un territorio propio; segundo, una densidad poblacional suficiente; y tercero, una identidad propia de ciudad. Las dos primeras condiciones existen, aunque dentro de la extensión y población de Bogotá. La tercera, la que más me interesa, es la que me ha llevado a conversar con la gente.

Lo que he descubierto es que no existe una sola identidad kennediana: los habitantes hablan de Kennedy Central y de otros Kennedy más lejanos y más cercanos a ellos, unos centrales y otros al borde. Las reflexiones sobre la identidad hechas por la gente se relacionan a sus barrios y a sus comunidades antes que a una única de la localidad. Además, a pesar de que existe una narrativa propia de ciudad independiente —relacionada con su historia, su desarrollo y sus lugares icónicos— que se refleja en los relatos, la literatura y otros productos culturales, esta jamás podría ser separada del imaginario total de Bogotá. Kennedy: la ciudad en la ciudad, ahí la tienen.

Al pensar en la idea de la localidad de Kennedy como una ciudad independiente, me quedan las siguientes inquietudes: ¿sería posible que Kennedy llegara a convertirse en una ciudad separada administrativa y políticamente?, ¿cómo se manejaría eso?, ¿qué implicaciones tendría para sus habitantes?

KENNEDY DESDE LEJOS

A este proceso de conocer la localidad de Kennedy yo lo llamo «Kennedy desde lejos» porque yo no vivo aquí y el tiempo que he pasado en esta zona es limitado. Vivo en Suba y aunque tengo amigos y familiares en la localidad, antes de comenzar con *La ciudad en la ciudad*, no era habitual que la visitara. William es el único miembro del colectivo Sin Sala que tiene una tradición de habitar Kennedy: estudió parte del bachillerato en el INEM y recorrió a diario, durante muchos años, la localidad para conectar su natal Bosa con el centro y con la Universidad Nacional.

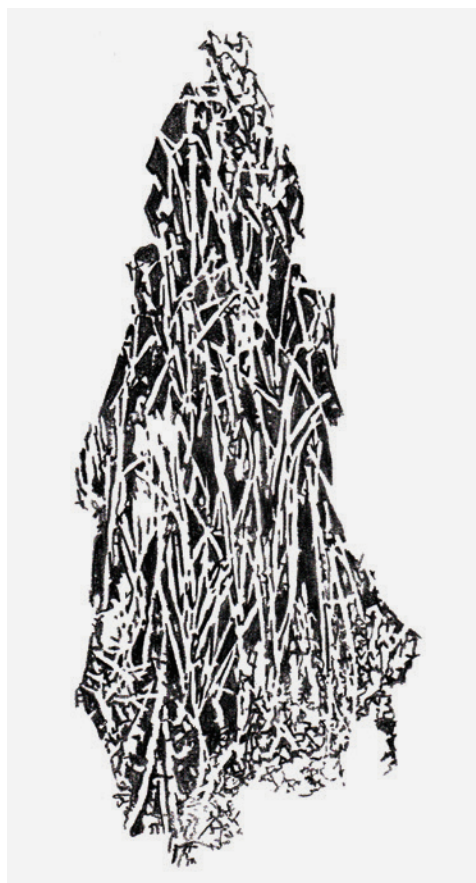
Por eso, el primer recorrido que realizamos los cuatro, en el carro de Alejandro, lo hicimos bajo la batuta de William. Ese primer día él guiaba a Alejandro para que diera vuelta a la izquierda o a la derecha por calles y carreras completamente desconocidas para el resto de nosotros. Mientras señalaba edificios y esquinas nos contaba anécdotas de su adolescencia: que por aquí caminaba, que en tal otro lugar jugaba billar o que allí conoció a tal.

El objetivo de ese recorrido, que realizamos a comienzos de diciembre de 2016, fue encontrar la casa de don Francisco Tamayo, el primer poblador de Ciudad Kennedy. Aunque ese día no la encontramos, sí exploramos varios lugares importantes: el INEM, el parque Timiza, Corabastos, el área de los moteles y, por último, un asadero de pollos cerca a la Cuadra Picha, atendido por una venezolana guapísima de trenzas negras, donde nos vendieron una sopa fría.

Más allá de eso, hubo un momento del recorrido que se me quedó metido en la cabeza. Antes de entrar a Corabastos pasamos por Patio Bonito y nos quedamos

atorados en un pequeño trancón. A lado y lado del carro empezamos a ver un paisaje ominoso de personajes andrajosos y locales llenos de lonas, periódicos y cartón. Levanté la cabeza para encontrar señales reconocibles de ubicación y leí un pendón que colgaba de lado a lado de la calle justo al frente de nosotros:

«ATENCIÓN, PELIGRO, LADRONES
AL ACECHO. HURTO MODALIDAD
RAPONAZO.
BAJE LOS SEGUROS Y SUBA LAS
VENTANAS».



BUSCANDO LA CUADRA PICHA

Plaza de las Américas fue inaugurado en 1991, fue el primer centro comercial del sur occidente de Bogotá construido al estilo y usanza de los ostentosos centros del norte. A su alrededor existe una zona de comercio junto a un área residencial. Allí, al frente del multiplex de CineColombia, había visto yo la Cuadra Picha: un callejón peligroso lleno de discotecas luminosas y ruidosas y gente festiva; un sitio del que los taxistas le hablaban a uno mal y le pedían que no conociera.

El primer vendedor al que le preguntamos nos dijo que la Cuadra Picha quedaba cruzando el puente peatonal, al otro lado de la Primero de Mayo. Luego, un mesero de un bar nos dijo que no, que la Cuadra Picha era una calle vacía dos cuadras antes. Según él, la situación había llegado a un punto tan alto de ruido e inseguridad que sus locales fueron cerrados. Menuda fue mi sorpresa, aquella noche de viernes hace un par de semanas, cuando me enteré de que la cuadra que yo recordaba no existía.

Sin embargo, la zona que rodea el centro comercial no deja de ser un hervidero de gente y comercio. La cuadra larga al frente del estadio de Techo y de Mundo Aventura está llena de bares y restaurantes. En la noche se escucha el retumbar poderoso del vallenato y el reguetón y es posible ver al interior de los locales a los grupos de amigos bailando y parejas conversando o besándose. Esa es la zona «gomela» de la Primero de Mayo; allí los bares no distan de los típicos *pubs* que tanto se han puesto de moda en el resto de la ciudad.

Más hacia el sur, sobre la Primero de Mayo, el panorama cambia. Sobre la acera pululan las chazas de dulces y cigarrillos y los carritos humeantes y olorosos a chorizos y pinchos. Aquella noche, mientras que Willi, Alejo y yo transitábamos entre el olor a comida y la marejada de gente enrumbada, fuimos interpelados varias veces por hombres uniformados que trabajan en los bares: «Chicas medio vírgenes, sigan sin compromiso, mirar no es comprar», decían mientras nos invitaban a disfrutar de la mercancía, es decir, del trago y de las mujeres. Ya adentro de uno de los bares vi a los clientes, en su mayoría alegres hombres jóvenes, abrazarse y conversar. Lo hacían mientras bebían y veían bailar mujeres, también jóvenes, ataviadas de fiesta con caras de aburrimiento.

A una cuadra de esa zona, al otro lado de la avenida, está la impresionante calle de los moteles. Esas tres cuadras parecen sacadas de una postal distópica en la que fulguran fachadas robóticas, aunque afrancesadas, llenas de luces fosforescentes programadas para bailar y engrandecer la arquitectura. Unos contra otros, los edificios compiten para llamar la atención de los amantes mientras, sobre la acera, en la oscuridad cómplice, algunas mujeres trans esperan silenciosas la llegada de clientes.

La policía está constantemente rondando. Esa noche, mientras caminábamos, vi a tres policías al frente de un bar forcejear con un hombre esposado en evidente estado de alicoramiento. Una mujer lloraba y abrazaba al esposado y con una mano le tapaba la boca. Entre llantos y suspiros les suplicaba a los agentes que no se lo llevaran.

LA TIERRA EN EL AGUA

Agua: la palabra se repite constantemente en la literatura, en las voces, en las quejas y en las añoranzas. No es posible hablar de Kennedy ni de Bogotá sin dejar de hablar del agua.

Mucho antes de que la ciudad fuera lo que hoy es, no había sino agua. La sabana era un inmenso mar, antes incluso de que existiera la palabra mar. De aquel manto azulado que cubría la tierra solo sobresalían algunas montañas aisladas. Esas mismas montañas se alzaron al cielo con el tiempo y se convirtieron en una cadena cuyo nombre no quiero recordar porque solo sé que es el nombre que les dieron los españoles. Ese mismo pueblo que nos trajo la palabra indio y otras más como tierra, campesino, religión, hacienda, mita, encomienda, iglesia, trabajo, ciudad, esclavitud. Antes de que existiera aquello que describen esas palabras todo era agua y la gente vivía en las faldas de los cerrillos.

Un día, los habitantes de esta tierra, los muiscas, dejaron de adorar a su dios Chibchacum y él, ofendido, les mandó la lluvia y desvió los ríos Tibitó y Sopó. El protector inundó las tierras llanas donde estaban los cultivos y los indígenas despavoridos huyeron a las montañas. Pobrecitos, empapados, fríos y hambrientos —como cualquier rolo de nuestros días— hicieron ofrendas, sacrificios, pidieron perdón y ayuda. Del cielo bajó el anciano Bochica, complacido por los homenajes, a responder sus clamores.

Muy piadoso, el salvador, arrojó su cetro de oro contra una montaña. Con el golpe, de entre las piedras y la tierra, el anciano creó una grieta por donde el agua comenzó a bajar. Ese salto fue luego llamado Tequendama. Así fue que la sabana

se secó y los muiscas regresaron con sus animales y sus cultivos.

Los muiscas tenían sus propias palabras sobre el mundo y el agua: *chio, chucua, siecha, siatá, suasia, siachoque, cacasía, tobasia, Tunjuelo, Funza, Fucha, Boita* y más. Luego llegaron los conquistadores con un idioma diferente y otro dios, y se multiplicaron; transformaron el lenguaje y todo lo conocido. La sabana se llenó de millones de habitantes y el agua comenzó a desaparecer.

Al principio el mar se hizo laguna. La laguna se convirtió en varios ríos. Los ríos, en pequeños lagos y los lagos se convirtieron en humedales, charcos, barrios con alcantarillados y pútridos caños.







Nunca antes había yo sentido el perfume intenso de cientos de zanahorias limpias y apiñadas o de docenas de limones empacados en mallas; no había conocido la fragancia de miles de bultos de papa —toda una bodega— recostados sobre las paredes blancas en las que dejan su huella indeleble con olor a tierra...

REPARTICIÓN DEL TERRITORIO

Gonzalo Jiménez de Quesada venía de Santa Marta. De allí salió en 1537 con la intención de seguir el curso del río Magdalena y alcanzar el Perú. Ambición, supongo, se le llama a esa fuerza infinitamente poderosa que lleva a un loco a internarse por un río a través de un territorio desconocido para llegar a una laguna de sal y al oro del que tanto le habían hablado.

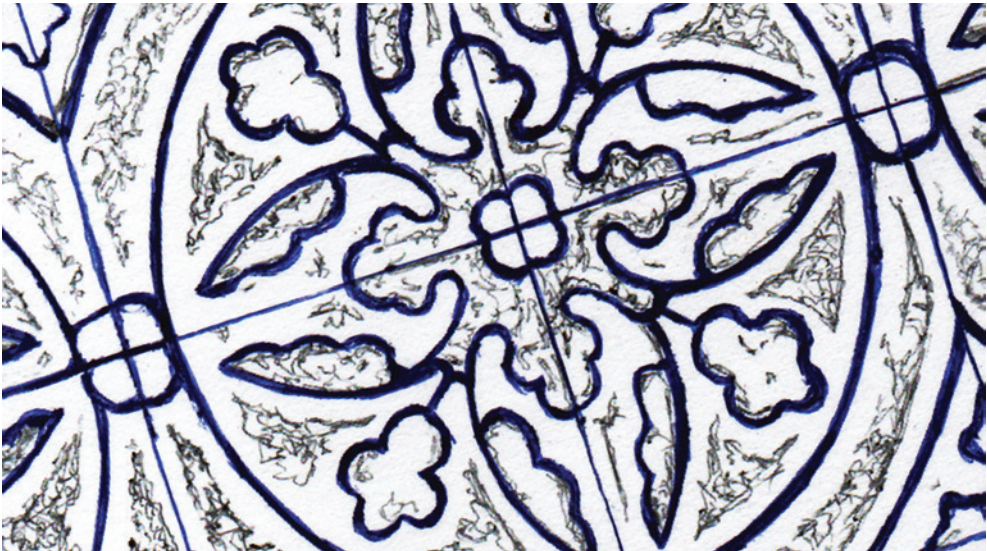
Jiménez de Quesada entró a estas tierras con solo 178 hombres de los 800 con los que había partido. Con su ejército diezclado, el conquistador fulminó al *zaque* y al *zipa*, los dos líderes principales de los muiscas. Luego, este mismo ejército, armado con pólvora mojada, logró someter, misteriosamente, a un pueblo compuesto por dos centenares de miles de hombres y mujeres.

Tras escoger un lugar para fundar la nueva ciudad, Jiménez de Quesada, el nuevo «dueño» de estas tierras, le

escribió a la corte en su natal España. Envió una lista con los nombres de sus colaboradores y las recompensas que recibirían según el aporte que hicieron a la campaña conquistadora. A unos les otorgó tierras e indios para explotar y cuidar; a otros les cortó la cabeza.

Fue así que la gran sabana verde llena de indios, agua, arbustos y venados fue repartida. El territorio entre Bosa y Ontibón —lo que hoy llamamos Kennedy— le fue otorgado a los siguientes mercedarios: Gonzalo García Zorro, Juan de Penagos, Juan de Ortega, Alonso de Coronado, Diego de Vergara y Pedro Ruiz Gualdames; también se reservaron un par de resguardos de indígenas. Esta fue la distribución del terreno hasta 1550.

La tierra, que para los indígenas no había tenido propiedad, empezó a contar con linderos que duraron incluso hasta el principio del siglo XX.



TODOS LOS NOMBRES

Antes de la llegada de los españoles, esta zona tenía el nombre de Techo, y hasta ahora nadie se lo ha quitado. Sin embargo, para los habitantes de la localidad no es muy claro de dónde viene ese nombre. Uno puede escuchar a la gente comentar que se llama así porque por aquí casi no llueve, y aunque eso es cierto en alguna medida (porque en Kennedy llueve menos que en otras localidades), no es esa la razón por la que recibe ese nombre.

Techo era la palabra chibcha que le dieron los muiscas a la ciénaga. La palabra viene de los vocablos *te* y *chio*, que significan «laguna nuestra». *Techotyba* «al sur de Ontibón» era uno de los pequeños bohíos que ocupaban la sabana.

Los límites de esos predios iniciales eran los pueblos, los ríos y los caminos de los indígenas nativos: Tibaitata, Sagasuca, Facativá, Chinga frío, Chitasuga, Suba, Tuna, Bosa, Ontibón, Tunjuelo, Fucha, Bosa, Soacha, entre otros. Luego, el mono de Quesada repartió el territorio. De la división geográfica que hizo salieron las grandes haciendas y de ellas surgieron los nombres y los apellidos más honrosos de la «gente de bien» que aún gobierna nuestra ciudad y país.

Sabemos que en lo que es hoy Kennedy existía, hacia 1608, la gran hacienda de Techo, propiedad de María Arias de Ugarte. Esa hacienda pasó a ser de las monjas clarisas y luego fue dividida en dos. La parte sur siguió siendo Techo y la parte norte fue comprada por el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y comenzó a llamarse El Rosario. En 1705 El Rosario pasó a llamarse el Tintal, que luego se dividió en el Tintal y el Tintalito.

También estaban en la zona las haciendas Techo de los Jorges y Aranda y la Nueva Techo. Además, estaba la Chamicera, que fue dividida con los años en Chamicera, San Ignacio, Santa Inés, Santa Helena, El Porvenir, San Isidrito, y otras más.

En 1944 surgió la idea de construir una avenida para acceder al aeropuerto de Techo —que funcionó allí de 1929 hasta 1959— desde la Avenida Caracas hasta el Puente de Aranda, donde se conectaría con la Avenida Techo. La avenida de las Américas se inauguró en 1948, antecitos de El Bogotazo.

El 17 de diciembre de 1961, en una visita de ocho horas, llegó otro monito, uno más moderno, el presidente gringo que vino con Jacqueline, su esposa, a inaugurar Ciudad Techo. En 1963 ese presidente fue baleado en Texas y los vecinos del sector que él inauguró en Bogotá decidieron cambiarle el nombre al barrio. Pasaron de llamarse Ciudad Techo a Ciudad Kennedy, en honor al monito asesinado.

Con los años, los barrios, conjuntos residenciales, edificios, mercados, comercios y estaciones de bus se han multiplicado, y con ellos sus nombres. Los apelativos que se les ha dado se han alimentado de aquella mítica laguna de Techo o de los nombres indígenas; vienen de las Américas o recuerdan una ciudad; honran a John Fitzgerald o están consagrados a algún miembro del santoral católico; glorifican a nuestros próceres o a los fundadores y son acompañados por un número. Observar el mapa de Kennedy y caminar por sus calles es ser testigo de la historia como un campo de batalla. En él, muchos personajes parecen haber perdido y haber desaparecido, pero en los nombres aún viven.

AUTOCONSTRUCCIÓN

Carolina tiene entre ceja y ceja el asunto de la autoconstrucción, por eso ha estado metiéndole el diente a conseguir los manuales que hizo la OEA en los años sesenta. Esos manuales tenían como objetivo guiar la forma en que los primeros adjudicatarios de las casas de Ciudad Techo debían construir sus futuros hogares. Lo harían apoyados por el Instituto de Crédito Territorial (ICT) y por la platica que había prestado la Alianza Para el Progreso, el programa gringo que esperaba combatir la avanzada del comunismo en América Latina.

Don Francisco Tamayo, el primer habitante de Ciudad Techo, nos contó que ellos, como nuevos dueños, tenían la obligación de asumir la mano de obra: o pagaban un obrero (los que podían o tenían con qué) o iban a trabajar los fines de semana.

«A mí me dieron el oficio de aguatero», nos relató el octogenario vecino, aunque de eso no quería hablar. «Se veía facilísimo, ipero vaya cargue agua! Eso era muy duro para mí, así que me pusieron a preparar mezcla; mezclar la arena con el cemento era más fácil, pero uno echa el agua y la mezcla se vuelve más pesada. Uno ve a un maestro trabajando y es fácil porque tiene cancha, pero uno, no. Después me pusieron a cargar y descargar ladrillos. A mí se me caía la piel de la rodilla, se me rompían los dedos».

Cuando las casas estuvieron terminadas, a cada nuevo dueño le fue asignada la suya. De esta forma el ICT se aseguró de que todos hubieran participado en la construcción. Mucha gente reconoce

que ese fue un logro de Ciudad Kennedy, aunque sus habitantes no fueron los únicos que construyeron sus casas. Las historias de personas que le pusieron el hombro a levantar sus hogares sin apoyo del gobierno en el resto de la localidad abundan. A Luis Mauricio, un gestor cultural de Kennedy, le tocó cargar el agua para la construcción de la casa familiar en el barrio Britalia cuando era adolescente. Como él, muchos familiares y vecinos colaboraron para levantar sus futuros hogares.

A pesar de que Luis Mauricio considera que la Alianza para el progreso no fue algo positivo —porque no fue un regalo de los gringos, sino una serie de préstamos que venían con un plan militar adjunto que no trajo progreso ni apoyo—, rescata el valor y el aprecio con que los primeros adjudicatarios de Ciudad Techo construyeron sus casas. «Cuando uno construye su casa la quiere más», dice, «eso generó una identidad, especialmente de Centro Kennedy, de ser kennedianos».

Pero el asunto de la autoconstrucción no es algo que haya terminado, no es un proceso que haya desaparecido; está presente en las calles de Bogotá y de Kennedy, en cada uno de los tres o cuatro pisos que se le han añadido a las casas originales de Ciudad Techo, en los 40 o 50 centímetros que cada piso le roba al aire para añadir metros construidos y valor a las edificaciones, en las nuevas casas que se empiezan a erigir en esos otros Kennedís al borde de la localidad, en el paisaje y en los recuerdos de las personas que han puesto con sus manos ladrillo sobre ladrillo.

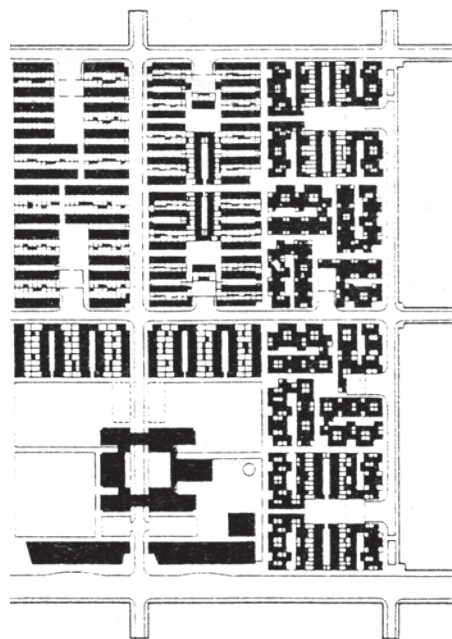
SUPERMANZANAS

«Aquí entran perros y entran gamines, ahora la supersiete es un muladar», me contó la tía Dora con amargura. «Antes, toda la supermanzana era cerrada y barrían y limpiaban, había celaduría en todas las puertas. Además, como la mayoría de los apartamentos los han vendido, pues ya a nadie le importa».

Dora fue la primera de las hermanas Pérez que llegó a vivir a las supermanzanas cuando las construyeron en 1965. Luego llegó Blanca con su esposo Irenarco y después sus padres. Los tres núcleos familiares fueron beneficiarios del programa del ICT que priorizaba la vivienda para familias con hijos. Las supermanzanas de Kennedy son el hito arquitectónico más reconocible de la localidad e hicieron parte del primer proyecto de vivienda masiva de apartamentos realizado por el gobierno colombiano a través del ICT.

La tía Tula —de nombre Exal Lucía— es la menor de las Pérez y llegó a la supermanzana dos también cuando tenía ocho años. Tal vez es ella quien más recuerda la historia de su familia en Kennedy Central y se ríe cuando narra las anécdotas de los primeros años.

«Nosotros éramos como una prueba para ver si la gente era capaz de vivir en conjunto porque siempre habían vivido en casas; éramos como un proyecto experimental. Mi papá cogió un formulario, mi mamá cogió otro y el otro se lo dieron a Dora. Ellos fueron a hacer la cola, había gente haciendo fila desde la media noche en la Plaza de Toros. Blanca salió favorecida, Dora salió favorecida, pero mi papá no, por un lado, por el sueldo, porque no le alcanzaba, y porque el papel carbón había quedado mal. Mi mamá se



puso a averiguar puesto por puesto en el Instituto para ver qué tenía que corregir porque ella necesitaba su apartamento. Fuera de eso, ella le pasó una carta al gerente explicándole las condiciones por las que necesitaban la vivienda, ellos vivían en arriendo. Después empezó la construcción y eso era paseo todos los fines de semana, sábado y domingo viniendo. La construcción era súper chusca, y cada uno pensaba ¿en dónde nos irá a tocar? Todo el mundo estaba emocionado y a todos nos tomaban fotos».

Eso fue hace 51 años. Por allí pasaron los padres de las hermanas Pérez, también sus hijos, sus sobrinos y nietos. Dora y Tula aún viven allí: Dora en la supersiete, abierta y desordenada entre la maleza, la basura y el pasto; Exal Lucía en la superdós, que aún conserva su aire residencial y su cerramiento.

BARRO SAGRADO

A las tres de la mañana del sábado 10 de junio la atmósfera de Corabastos era chispeante, llena de trabajadores bajo la luz amarilla de las bombillas, la llovizna y la música. Era una procesión interminable de hombres y mujeres gritando, negociando, moviendo bultos, cajas o guacales. Las carretillas, durmientes a otras horas del día, corrían llenas de montones de frutas y verduras.

Corabastos —Corporación de Abastecimiento de Bogotá, fundada en 1972 y corazón alimenticio de Kennedy y la capital—funciona como un entramado de gente y plata, pero es, ante todo, una fuente de olores y una experiencia dulce y ácida: durante el día, la central tiene el aroma de la fruta pudriéndose y de la basura, pero en la noche huele al esplendor del alimento recién recogido y empacado. Nunca antes había yo sentido el perfume intenso de cientos de zanahorias limpias y apiñadas o de docenas de limones empacados en mallas; no había conocido la fragancia de miles de bultos de papa —toda una bodega— recostados sobre las paredes blancas en las que dejan su huella indeleble con olor a tierra; tampoco había presenciado tal cantidad de bultos de cebolla larga amontonados como ladrillos blancos de los que se desprenden verdes cabelleras, fragantes e hipnóticas; tampoco había experimentado el olor dulce, agradable y atrayente de decenas de fardos de cebolla cabezona.

Desde las primeras horas del día los cotereros —esos hombres formidables que cargan sobre un solo hombro hasta tres bultos de lo que sea necesario— corren acelerados por los recovecos de las bodegas llevando mercancías desde los almacenes hasta los automóviles. ¿Cómo se hace para controlar el tráfico de habitantes, clientes y cientos de cotereros? Pues a punta de chiflidos. No deja uno nunca de escuchar durante la noche el agudo y penetrante sonido de labios que se estiran o se aprietan para ahuyentar al desprevenido o al atravesado. Salta uno como una rana hacia las esquinas cuando escucha que le chiflan por detrás. Ese humilde pero poderoso sonido mueve los engranajes de los ires y venires en Corabastos.

Ya entrado el día, conversé un rato con doña Nubia, una vendedora ambulante que me contó sobre los más de cuarenta años que lleva trabajando allí. Ella y su esposo, don Alberto, hacen parte de esa red de personas que encuentran allí su sustento vendiendo comida preparada y jugos de naranja. «Antes esto no era así», me dijo mirando contenta alrededor de su puesto de comida. «El barro nos daba hasta aquí, pero ahorita parece una sala de recibo. Había huecos y los carros se volcaban de los huecos que había. Yo quiero mucho a Corabastos, yo lo amo porque nos da de comer a miles y miles de personas y por eso el barro de Corabastos es sagrado».



EL AGUA EN LA TIERRA

El croar de la rana —una deidad para los muiscas— anunciaba la cercanía de la lluvia y la creciente de los ríos, tan necesarios para la buena cosecha. La presencia de ese sonido y el aumento del agua eran augurio de la fertilidad de la tierra y motivo de adoración.

Pero el agua en Kennedy ha desaparecido. Poco a poco, debido a la urbanización legal y pirata de la ciudad y a la explotación necesaria del agua, el caudal de los ríos fue disminuyendo y los lagos se fueron secando. La gran laguna milenaria que cubría la sabana —conocida como Funsé—, que conservaba 50.000 hectáreas para mitad del siglo XX, hoy solo cuenta con 650, repartidas en 16 humedales. Tres de ellos están en Kennedy: La Vaca, que pasó de 80 hectáreas en la década de los cincuenta a tener ahora nueve en dos cuerpos separados; El Burro que tiene 18,8 hectáreas; y Techo, que tiene menos de 11,6 hectáreas divididas en tres fracciones.


Ahora en los terrenos secos y ruidosos de la localidad conviven un poco más de un millón de personas en cerca de 400 barrios. La mayoría de esos barrios fueron construidos en la segunda mitad del siglo XX, muchos en terrenos que le fueron arrebatados al agua. Los urbanizadores y las constructoras rellenaron una parte de los lotes; la otra parte la rellenaron los habitantes que fueron llegando poco a poco.

«El barrio El Amparo, todo lo que es la UPZ 80, está en una antigua laguna, igual que parte de Abastos», me confirmó Marta, una lideresa local y antigua habitante del

barrio La Rivera. «En ese entonces, a las mujeres de El Amparo les empezaron a botar una piedra en el agua y allá donde caía la piedra les decían que ese era su lote. Era bastante difícil para los habitantes saber dónde era, pero ahí se dieron las mañas y los fueron sacando».

Melancolía produce imaginar lo que fueron esas grandes extensiones acuáticas de las que la gente más vieja habla con nostalgia. Aquellos lugares abiertos, verdes y azules, llenos de pájaros —como la laguna que existía en lo que es hoy el barrio Nueva York— solo existen en la memoria y en las fotografías de los álbumes familiares. Imaginar esas áreas también produce miedo porque es posible que toda el agua que hemos desterrado regrese, quizá en forma de lluvia, como ya ha sucedido. Mítica fue la precipitación registrada antes y después de la granizada del 20 de noviembre de 1979, un hecho que solo podía terminar en tragedia. En 2011 sucedió algo parecido. Cada una de esas dos grandes inundaciones tuvo sus consecuencias: en 1979 hubo 15.000 damnificados; en 2011, 47.000.

De esa reconquista del agua de 1979 aún se habla en las calles de Kennedy. La gente recuerda lo difícil que fue recuperarse. Hablando de la gran inundación de Patio Bonito Luis Mauricio me contó lo siguiente: «La casa de mi papá —en el barrio Britalia— estaba cerca al portal y la inundación llegó ahí hasta la cerca. El problema de los zancudos fue insoportable y durante siete meses tuvimos el concierto de ranas más grande de nuestra historia».



LA CIUDAD EN LA CIUDAD

—
CURADURÍA: COLECTIVO SIN SALA

—
SALA DE EXPOSICIONES
CÁMARA DE COMERCIO DE BOGOTÁ
SEDE KENNEDY

—
29 DE JULIO AL 9 DE SEPTIEMBRE DE 2017

Un programa de

 Cámara
de Comercio
de Bogotá